

KARL MARX

TEXTOS SELECTOS

Y

MANUSCRITOS DE PARÍS

MANIFIESTO DEL PARTIDO
COMUNISTA

CON FRIEDRICH ENGELS

CRÍTICA DEL PROGRAMA
DE GOTHA

ESTUDIO INTRODUCTORIO

por
JACOBO MUÑOZ



EDITORIAL GREDOS

MADRID

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA

CON FRIEDRICH ENGELS

Traducción y notas de

JACOBO MUÑOZ

NOTA DE TRADUCCIÓN

La presente versión al castellano del *Manifiesto del Partido Comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels ha sido realizada a partir del texto de la última edición alemana preparada por Engels en 1890. En las notas se recogen, de todos modos, las variantes, respecto a la primera edición de 1848, de las distintas ediciones alemanas (de 1848, 1872, 1883) y de la edición inglesa de 1888 introducidas por los autores, así como las notas adicionales a la última edición inglesa y a la alemana de 1890 añadidas por Engels. En todos los casos se indica explícitamente esta procedencia. Todos los prólogos de los autores del *Manifiesto* a sus diferentes ediciones se incluyen, por otra parte, como apéndices al final de la obra.

Un fantasma recorre Europa —el fantasma del comunismo. Todas las potencias de la vieja Europa se han aliado en una sagrada carcería contra este fantasma, el Papa y el Zar, Metternich y Guizot, radicales franceses y policías alemanes.

¿Dónde está el partido de oposición que no haya sido desacreditado en cuanto comunista por sus adversarios en el gobierno? ¿Dónde está el partido de oposición que no haya a su vez devuelto tanto a los opositores más avanzados como a sus enemigos reaccionarios la estigmatizadora acusación de comunismo?

Dos consecuencias se desprenden de este hecho.

El comunismo es reconocido ya como una potencia por todas las potencias europeas.

Ya es hora de que los comunistas expongan abiertamente ante el mundo entero su punto de vista, sus fines, sus tendencias, oponiendo a la leyenda del fantasma del comunismo un manifiesto del propio partido.

Con este objetivo se han reunido en Londres comunistas de las más diversas nacionalidades y han esbozado el siguiente manifiesto, que es publicado en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

BURGUESES Y PROLETARIOS¹

La historia de todas las sociedades anteriores a la nuestra² es la historia de luchas de clases.

Ciudadanos libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, en una palabra, opresores y oprimidos estuvieron siempre enfrentados entre sí, librando una lucha ininterrumpida, en ocasiones velada, en ocasiones abierta, una lucha que finalizó en todos los casos con una transformación revolucionaria de la sociedad entera o con la destrucción conjunta de las clases en lucha.

En las épocas tempranas de la historia encontramos casi por doquier una estructuración completa de la sociedad en estamentos

¹ Por burguesía se entiende la clase de los capitalistas modernos, que son poseedores de los medios sociales de producción y explotan trabajo asalariado. Por proletariado se entiende la clase de los trabajadores asalariados modernos, que, puesto que no poseen medios de producción propios, se ven obligados a vender su fuerza de trabajo para poder vivir. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

² Esto significa, hablando con precisión, la historia transmitida *por escrito*. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a toda la historia fijada por escrito, aún era prácticamente desconocida. Desde entonces, Haxthausen ha descubierto la propiedad comunal de la tierra en Rusia, Maurer ha demostrado que es la base social de la que partieron históricamente todas las tribus teutonas, y poco a poco ha ido descubriéndose que las comunidades aldeanas con posesión común de la tierra fueron la forma primitiva de la sociedad desde la India a Irlanda. Finalmente, la organización interna de esta sociedad comunista en su forma típica fue puesta al descubierto por el hallazgo cimero de Morgan acerca de la verdadera naturaleza de la *gens* y de su posición en la tribu. Con la disolución de estas comunidades originarias comienza la escisión de las sociedades en clases separadas y finalmente opuestas entre sí. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888 y a la edición alemana de 1890.*) He intentado reconstruir este proceso de disolución en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, segunda edición, Stuttgart, 1886. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

diferentes, una gradación variada de posiciones sociales. En la antigua Roma tenemos patricios, caballeros, plebeyos y esclavos; en la Edad Media, señores feudales, vasallos, maestros y oficiales de los gremios, siervos y, por añadidura, gradaciones particulares en cada una de estas clases.

La sociedad burguesa moderna, salida de la decadencia de la sociedad feudal, no ha abolido los antagonismos de clase. Ha puesto, simplemente, clases nuevas, condiciones nuevas de la opresión, nuevas formas de la lucha en el lugar de las antiguas.

Nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza, con todo, por el hecho de haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad entera se divide cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente enfrentadas entre sí: burguesía y proletariado.

De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos de las primeras ciudades; a partir de esta clase de ciudadanos se desarrollaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América y la circunnavegación de África crearon un nuevo terreno para la burguesía ascendente. Los mercados de las Indias Orientales y de la China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, la incrementación de los medios de cambio y de las mercancías en general procuraron al comercio, a la navegación y a la industria un auge desconocido hasta entonces y con ello, una rápida evolución al elemento revolucionario en la sociedad feudal en descomposición.

El sistema de explotación feudal o gremial de la industria vigente hasta entonces ya no bastaba para satisfacer la demanda creciente con los nuevos mercados. Su lugar fue ocupado por la manufactura. Los maestros de los gremios fueron desplazados por la clase media industrial; la división del trabajo entre las diversas corporaciones desapareció ante la división del trabajo dentro del propio taller individual.

Pero los mercados siguieron creciendo ininterrumpidamente, la demanda no dejó de aumentar de continuo. Tampoco la manufactura bastaba ya. Entonces, el vapor y la maquinaria revolucionaron la producción industrial. La manufactura fue sustituida por la gran industria moderna, la clase media industrial fue sustituida por los millonarios industriales, los jefes de ejércitos industriales enteros, los burgueses modernos.

La gran industria ha creado el mercado mundial, que fue preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial ha impulsado una evolución inconmensurable del comercio, de la navegación, de las comunicaciones terrestres. Ésta ha influido a su vez en la expansión de la industria, y en la misma medida en que se expandían la industria, el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, aumentaba sus capitales, relegaba a un plano secundario a todas las clases heredadas de la Edad Media.

Vemos, pues, como la propia burguesía moderna es el producto de un largo proceso evolutivo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de tráfico.

Cada una de estas etapas de la evolución de la burguesía iba acompañada de un correspondiente progreso político.³ Estamento oprimido bajo el dominio de los señores feudales, asociación armada y dotada de autogobierno en la comuna,⁴ aquí república urbana independiente,⁵ allá tercer estado tributario de la monarquía,⁶ luego, en la época de la manufactura, contrapeso de la nobleza en la monarquía feudal o en la absoluta,⁷ base fundamental de las grandes monarquías en general, a partir de la implantación de la gran industria y del mercado mundial conquistó finalmente la hegemonía política exclusiva en el moderno estado representativo. El poder estatal moderno no es otra cosa que un comité que administra los negocios comunes de la clase burguesa, globalmente considerada.

La burguesía ha jugado en la historia un papel máximamente revolucionario.

³ Añadido en 1888: «de esta clase».

⁴ Recibían el nombre de «comuna» en Francia las ciudades que surgían, incluso antes de que les fuera dado arrancar a sus señores feudales y maestros autonomía administrativa local y derechos políticos como «tercer estado». Hablando en términos generales, hemos citado aquí como país típico de la evolución económica de la burguesía a Inglaterra y como país típico de su evolución política, a Francia. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Así denominaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus comunidades urbanas una vez habían adquirido éstas de sus señores feudales los primeros derechos de autonomía administrativa o les habían obligado a cedérselos. (*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*)

⁵ Añadido en 1888: «(como en Italia y Alemania)».

⁶ Añadido en 1888: «(como en Francia)».

⁷ En 1848: «y».

Allí donde ha llegado al poder, la burguesía ha destruido todas las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Ha desgarrado sin piedad los multicolores lazos feudales que vinculaban a los hombres a sus superiores naturales, sin dejar vivo otro lazo entre hombre y hombre que el interés desnudo, que el insensible «pago al contado». Ha ahogado en las aguas glaciales del cálculo egoísta el sagrado éxtasis del fervor religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo pequeño burgués. Ha reducido la libertad personal al valor de cambio, poniendo en lugar de las incontables libertades estatuidas y bien conquistadas una *única* desalmada libertad de comercio. Ha sustituido, en una palabra, la explotación velada por ilusiones políticas y religiosas por la explotación franca, descarada, directa y escueta.

La burguesía ha despojado de su halo sagrado a todas las actividades que hasta entonces se tenían por venerables y dignas de piadoso respeto. Ha convertido al médico, al jurista, al cura, al poeta y al hombre de ciencia en asalariados suyos.

La burguesía ha arrancado su velo sentimentalmente emotivo a las relaciones familiares y las ha reducido a meras relaciones dinerarias.

La burguesía ha puesto de manifiesto hasta qué punto la brutal manifestación de fuerza que la reacción tanto admira en la Edad Media tenía su complemento adecuado en la más indolente holgazanería. Sólo ella ha sacado a la luz lo que puede conseguir la actividad humana. Ha creado obras maravillosas muy distintas a las pirámides egipcias, a los acueductos romanos y a las catedrales góticas, ha puesto en marcha campañas de todo punto diferentes a las migraciones de pueblos y a las cruzadas.

La burguesía no puede existir sin revolucionar permanentemente los instrumentos de producción, esto es, las relaciones de producción, esto es, las relaciones sociales en su conjunto. La conservación inalterada del antiguo modo de producción era, por el contrario, la condición primordial de la existencia de todas las clases industriales anteriores. La revolución permanente de la producción, la conmoción incesante de todas las situaciones sociales, la inseguridad y el movimiento eternos distingue la época burguesa de todas las otras.⁸ Todas las relaciones firmes y enmohecidas, con su cortejo de ideas y nociones veneradas de antiguo, se disuelven, todas las de formación

⁸ En 1848, 1872 y 1883: «anteriores».

reciente se hacen añejas antes de haber podido osificarse. Todo lo estamental y estable se evapora, todo lo sagrado es profanado y los hombres se ven finalmente obligados a contemplar su posición en la vida, sus relaciones mutuas, con ojos fríos.

La necesidad de dar cada vez mayor y más extensa salida a sus productos lanza a la burguesía de una punta a otra del planeta. Tiene que anidar por doquier, tiene que establecerse por doquier tiene que crear conexiones por doquier.

Mediante su⁹ explotación del mercado mundial, la burguesía ha configurado de modo cosmopolita la producción y el consumo de todos los países. Con gran pesar de los reaccionarios, ha arrancado bajo los pies de la industria su suelo nacional. Las primitivas industrias nacionales han sido aniquiladas y aún son aniquiladas a diario. Son desplazadas por nuevas industrias cuya introducción se convierte en una cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que no elaboran ya materias primas locales, sino materias primas procedentes de las zonas más alejadas y cuyos productos no se consumen ya únicamente en el propio país, sino en todos los continentes a la vez. Nuevas necesidades, que reclaman para su satisfacción los productos de los países y climas más remotos, ocupan el lugar de las antiguas, satisfechas por los productos nacionales. Frente a la antigua autosuficiencia y aislamiento locales y nacionales irrumpe un tráfico en todas direcciones, una dependencia general de las naciones las unas respecto de las otras. Y al igual que en la producción material, en la intelectual. Los productos intelectuales de las diferentes naciones se convierten en patrimonio común. La limitación y el exclusivismo nacionales se vuelven cada día más imposibles, y a partir de las múltiples literaturas nacionales y locales se configura una literatura universal.

Mediante el rápido mejoramiento de todos los instrumentos de producción, mediante el constante progreso de unas comunicaciones cada vez más fáciles, la burguesía arrastra hacia la civilización a todas las naciones, incluidas las más bárbaras. Los aquilatados precios de sus mercancías son la artillería pesada con la que bombardean los cimientos de todas las murallas chinas, con la que obliga a capitular a la más obcecada xenofobia de los bárbaros. Obliga a todas las naciones que no quieren sucumbir a apropiarse

⁹ En 1848: «la».

del modo de producción de la burguesía; las obliga a introducir en su seno la llamada civilización, esto es, las obliga a convertirse en burguesas. En una palabra, se forja un mundo a su propia imagen y semejanza.

La burguesía ha sometido el campo al dominio de la ciudad. Ha creado urbes inmensas, ha incrementado en alto grado el número de la población urbana en relación con la rural, sustrayendo así una considerable parte de la población al idiotismo de la vida rural. Del mismo modo que ha subordinado el campo a la ciudad, ha subordinado los países bárbaros y semibárbaros a los civilizados, los pueblos campesinos a los pueblos bárbaros, Oriente a Occidente.

La burguesía supera cada vez más la fragmentación de los medios de producción, de la propiedad y de la población. Ha aglomerado a la población, ha centralizado los medios de producción y ha concentrado la propiedad en pocas manos. La consecuencia necesaria de ello ha sido la centralización política. Provincias independientes, apenas aliadas casi, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras diferentes, han sido comprimidas en *una* nación, *un* gobierno, *una* ley, *un* interés nacional de clase, *una* línea aduanera.

En su dominio de clase, que cuenta apenas con un siglo de existencia, la burguesía ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones pasadas juntas. Sometimiento de las fuerzas de la naturaleza, maquinaria, aplicación de la química a la industria y a la agricultura, navegación a vapor, ferrocarriles, telégrafos eléctricos, roturación de continentes enteros, apertura de los ríos a la navegación, poblaciones enteras como surgidas de la tierra —¿qué siglo anterior pudo sospechar siquiera que tales fuerzas productivas dormitaran en el seno del trabajo social?

Hemos visto, pues,¹⁰ que los medios de producción y de tráfico sobre cuya base se formó la burguesía, fueron engendrados en la sociedad feudal. En una determinada etapa de la evolución de estos medios de producción y de tráfico, las condiciones en las que la sociedad feudal producía e intercambiaba, la organización feudal de la agricultura y de la manufactura, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad cesaron de corresponder al nivel

¹⁰ En 1848: «empero».

de desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas. En lugar de impulsar la producción, la frenaban. Se convirtieron en otras tantas trabas. Era preciso hacerlas saltar, y se hizo que saltaran.

Su lugar fue ocupado por la libre competencia con la constitución social y política acorde con ella, con la dominación económica y política de la clase burguesa.

Ante nuestros ojos se está produciendo un movimiento análogo. Las relaciones burguesas de producción y de tráfico, las relaciones burguesas de propiedad, la sociedad burguesa moderna, que ha hecho surgir, como por arte de magia, medios tan ingentes de producción y de tráfico, se asemeja al hechicero que no es capaz de conjurar ya los poderes subterráneos que él mismo ha conjurado. Hace ya decenios que la historia de la industria y el comercio es sólo¹¹ la historia de la rebelión de las fuerzas productivas modernas contra las relaciones modernas de producción, contra las relaciones de propiedad que son las condiciones de existencia de la burguesía y de su dominación. Basta mencionar las crisis comerciales, que con su recurrencia periódica cuestionan de modo cada vez más amenazador la existencia de la entera sociedad burguesa. Una gran parte no sólo de los productos generados, sino¹² de las fuerzas productivas ya creadas es destruida regularmente en las crisis comerciales. En las crisis estalla una epidemia social que a todas las épocas anteriores les habría parecido un contrasentido —la epidemia de la sobreproducción. La sociedad se ve súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; una hambruna, una guerra general de exterminio¹³ parecen haberle privado de todos sus medios de vida; la industria, el comercio, parecen aniquilados. Y ¿por qué? Porque posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas que tiene a su disposición ya no sirven al fomento¹⁴ de las relaciones burguesas de producción; resultan ya, por el contrario, demasiado poderosas para estas relaciones, que frenan su desarrollo; y tan pronto como superan este freno, desordenan la sociedad burguesa entera, ponen en peligro la existencia de la propiedad burguesa. Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para abarcar la ri-

¹¹ Interpolado en 1848: «ya».

¹² Interpolado en 1848: «hasta».

¹³ En 1848: «guerra de devastación».

¹⁴ Interpolado en 1848: «de la civilización burguesa y».

queza por ellas generada. ¿Cómo supera la burguesía las crisis? Por una parte, mediante la destrucción forzada de una masa de fuerzas productivas; por otra, mediante la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de¹⁵ mercados viejos. ¿Cómo, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y reduciendo los medios para prevenir las crisis.

Las armas con las que la burguesía ha abatido al feudalismo se vuelven ahora contra la propia burguesía.

Pero la burguesía no ha forjado sólo las armas que le darán muerte; ha engendrado también a los hombres llamados a manejarlas —los obreros modernos, los *proletarios*.

En la misma medida en que se desarrolla la burguesía, esto es, el capital, se desarrolla también el proletariado, la clase de los obreros modernos, que sólo viven mientras encuentran trabajo y que sólo lo encuentran mientras su trabajo incrementa el capital. Estos obreros, obligados a venderse por piezas, son una mercancía como cualquier otro artículo de comercio y están, en consecuencia, sometidos igualmente a todos los avatares de la competencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

Como consecuencia de la expansión de la maquinaria y la división del trabajo, el trabajo de los proletarios ha perdido todo carácter autónomo y, con ello, todo atractivo para el obrero. Éste se convierte en un simple accesorio de la máquina, al que sólo se le exigen las operaciones más sencillas, más monótonas y de más fácil aprendizaje. Los costes que origina el obrero se reducen, en consecuencia, casi exclusivamente a los medios de vida que necesita para su manutención y para la propagación de su raza. Pero el precio de una mercancía y, por tanto, también el del trabajo,¹⁶ es igual a sus costos de producción. De ahí que el salario decrezca en la misma medida en que aumenta el lado desagradable del trabajo. Más aún, en la misma medida en que se incrementan la maquinaria y la división del trabajo, se eleva asimismo la cantidad¹⁷ del trabajo, sea por aumento de las horas de trabajo, sea por

¹⁵ En 1848 y 1872: «los».

¹⁶ En lugar de los conceptos de «valor del trabajo» y «precio del trabajo», Marx y Engels se sirvieron en obras posteriores de los conceptos, técnicamente más elaborados, de «valor de la fuerza de trabajo» y «precio de la fuerza de trabajo». Desde la perspectiva teórica de Marx y Engels el obrero no vende, en efecto, su trabajo, sino su *fuerza de trabajo*.

¹⁷ En 1888: «carga».

incremento del trabajo exigido en un tiempo dado, por aceleración del movimiento de las máquinas, etc.

La industria moderna ha transformado el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del capitalista industrial. Masas obreras, apiñadas en la fábrica, son organizadas militarmente. En su condición de soldados industriales rasos son puestos bajo la supervisión de toda una jerarquía de suboficiales y oficiales. No sólo son esclavos de la clase burguesa, del estado burgués, sino que son esclavizados a diario y a toda hora por la máquina, por el capataz y, sobre todo, por el propio fabricante burgués individual. Este despotismo es tanto más mezquino, aborrecible y exasperante cuanto más abiertamente proclama la ganancia como su objetivo.¹⁸

Cuanto menos requiere el trabajo manual de habilidad y empleo de la fuerza, esto es, cuanto más se desarrolla la industria moderna, tanto más desplazado pasa a ser el trabajo de los hombres por el de las mujeres.¹⁹ Las diferencias de sexo y edad no tienen ya vigencia social para la clase obrera. Sólo hay ya instrumentos de trabajo, que acarrear diferentes costos según su sexo y edad.

Una vez que la explotación del obrero por el fabricante ha concluido y aquél recibe el pago de su salario en efectivo, caen sobre él las partes restantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc.

Las pequeñas capas medias existentes hasta la fecha, los pequeños industriales, comerciantes y rentistas, los artesanos y campesinos, todas estas clases van hundiéndose en el proletariado, en parte porque su pequeño capital resulta insuficiente para la explotación de la gran industria y sucumbe a la competencia con los capitalistas de mayor envergadura, en parte porque sus habilidades quedan desvalorizadas en virtud de nuevos modos de producción. El proletariado se recluta así, por tanto, entre todas las clases de la población.

El proletariado recorre diversas etapas evolutivas. Su lucha contra la burguesía comienza con su existencia.

En un principio luchan los obreros individuales, luego los obreros de una fábrica, después los obreros de un ramo laboral en una localidad contra el burgués individual que los explota directamente. No dirigen sus ataques únicamente contra las re-

¹⁸ En 1848, 1872 y 1883: «último».

¹⁹ En 1848: «y los niños».

laciones burguesas de producción, sino contra los instrumentos mismos de producción; destruyen las mercancías extranjeras que compiten con ellos, destrozan las máquinas, incendian las fábricas, tratan de conquistar nuevamente la desaparecida posición del trabajador medieval.

En esta etapa, los obreros constituyen una masa diseminada por todo el país y fragmentada por la competencia. La cohesión masiva de los obreros no es aún la consecuencia de su propia unificación, sino la consecuencia de la unificación de la burguesía, que a fin de lograr sus propios objetivos políticos debe poner al proletariado entero en movimiento, cosa que de momento aún puede hacer. En esta etapa los proletarios no combaten, pues, aún a sus enemigos, sino a los enemigos de sus enemigos, a los restos de la monarquía absoluta, a los terratenientes, a los burgueses no industriales, a los pequeño burgueses. Todo el movimiento histórico se concentra, de esta suerte, en manos de la burguesía; cada victoria que se alcanza de este modo es una victoria de la burguesía.

Pero con el desarrollo de la industria no sólo se acrecienta el proletariado, sino que se va concentrando en masas cada vez mayores, su fuerza aumenta y la percibe más. Los intereses, las condiciones de vida en el seno del proletariado se igualan cada vez más a medida que la maquinaria borra crecientemente las diferencias en el trabajo y reduce el salario por doquier a un nivel igualmente bajo. La creciente competencia de los burgueses entre sí y las crisis comerciales de ello resultantes llevan a que los salarios sean cada vez más fluctuantes; el constante y acelerado perfeccionamiento de la maquinaria coloca al obrero en una situación vital cada vez más precaria; las colisiones entre el obrero individual y el burgués individual asumen cada vez más el carácter de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a formar coaliciones²⁰ contra los burgueses y actúan en común para defender su salario. Llegan hasta formar asociaciones permanentes para asegurarse los medios necesarios en previsión de estas sublevaciones circunstanciales. Aquí y allá la lucha estalla en motines.

De tanto en tanto triunfan los obreros, pero sólo pasajeraamente. El verdadero resultado de sus luchas no es el éxito inmediato, sino la unificación, cada vez más amplia, de los obreros. Esta unificación se ve favorecida por los crecientes medios de comunica-

²⁰ Interpolado en 1888: «(Trade-Unions)».

ción puestos en pie por la gran industria y que permiten entrar en contacto a los obreros de las diferentes localidades. Y basta ese contacto para que las numerosas luchas locales, que en todas partes tienen el mismo carácter, se centralicen en una lucha nacional, en una lucha de clases. Toda lucha de clases es, sin embargo, una lucha política. Y la unificación, para la que los habitantes de las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos, es puesta en marcha, en unos pocos años, por los proletarios modernos con los ferrocarriles.

Esta organización del proletariado en clase y, por tanto, en partido político, es destruida una y otra vez por la competencia entre los propios obreros. Pero renace siempre de nuevo, más fuerte, más firme, más poderosa. Aprovechando las divisiones internas de la burguesía, arranca el reconocimiento legal de algunos intereses de la clase obrera. Así, por ejemplo, el *bill* de diez horas en Inglaterra.

En general, las colisiones de la vieja sociedad favorecen de diversas maneras el proceso de desarrollo del proletariado. La burguesía vive en lucha permanente: al principio, contra la aristocracia; después, contra aquellas fracciones de la misma burguesía cuyos intereses entran en contradicción con los progresos de la industria; siempre contra la burguesía en todos los demás países. En todas estas luchas se ve forzada a apelar al proletariado, a reclamar su ayuda y a arrastrarle así al movimiento político. De este modo proporciona al proletariado los elementos²¹ de su propia formación, es decir, armas contra ella misma.

El progreso de la industria precipita, además, como acabamos de ver, en las filas del proletariado a capas enteras de la clase dominante o, al menos, las amenaza en sus condiciones de existencia. También éstas aportan al proletariado numerosos elementos formativos.²²

Finalmente, en los períodos en los que la lucha de clases se acerca a su desenlace, el proceso de desintegración de la clase dominante, de toda la vieja sociedad, adquiere un carácter tan violento y tan patente que una pequeña fracción de esta clase reniega de ella y se adhiere a la clase revolucionaria, a la clase en cuyas manos está el futuro. Y así como antes una parte de la nobleza se

²¹ Interpolado en 1888: «políticos y generales».

²² En 1888: «elementos de ilustración y progreso».

pasó a la burguesía, en nuestros días un sector de la burguesía se pasa al proletariado, particularmente ese sector de los ideólogos burgueses que se han elevado hasta la comprensión teórica del movimiento histórico en su conjunto.

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía sólo el proletariado es una clase verdaderamente revolucionaria. Las demás clases decaen y perecen con el desarrollo de la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto más peculiar.

Los estratos intermedios, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el campesino, todos ellos combaten a la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales estratos intermedios. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, son reaccionarios,²³ tratan de hacer girar hacia atrás la rueda de la historia. Si son revolucionarios, lo son en el sentido de su tránsito inminente al proletariado, en el sentido de que defienden no sus intereses actuales, sino sus intereses futuros, en el sentido, en fin, de que abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado.

El lumpenproletariado,²⁴ esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, puede ser arrastrado a veces al movimiento por una revolución proletaria; en virtud del conjunto de sus condiciones de vida estará más bien dispuesto a dejarse sobornar y prestarse a maniobras reaccionarias.

Las condiciones de vida de la vieja sociedad están ya abolidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletariado carece de propiedades; sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen nada en común con las relaciones familiares burguesas; el trabajo industrial moderno, el moderno sojuzgamiento bajo el capital, que es el mismo en Inglaterra y en Francia, en Norteamérica y en Alemania, ha despojado al proletariado de todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión son para él meros prejuicios burgueses, detrás de los que se ocultan otros tantos intereses de la burguesía.

Todas las clases que en el pasado lograron convertirse en dominantes, trataron de consolidar la situación adquirida sometiendo la

²³ Interpolado en 1848, 1872 y 1883: «pues».

²⁴ Como *Lumpenproletariat* entienden Marx y Engels el sector de las capas sociales más bajas, próximo, en realidad, a la delincuencia, integrado por holgazanes de oficio, vagabundos, ladrones de poca monta, embaucadores, etc.

sociedad entera a las condiciones de su modo de apropiación. Los proletarios sólo pueden conquistar las fuerzas productivas sociales aboliendo su propio modo anterior de apropiación y, en consecuencia, todo el modo de apropiación vigente hasta el presente. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar; tienen que destruir todas las seguridades y garantías privadas hasta ahora existentes.

Todos los movimientos precedentes fueron movimientos de minorías o en provecho de minorías. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, estrato inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar por los aires toda la superestructura de los estratos que conforman la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es primero una lucha nacional. El proletariado de cada país debe acabar, naturalmente, en primer lugar con su propia burguesía.

Al esbozar las fases más generales de la evolución del proletariado hemos seguido el curso de la guerra civil más o menos velada que se desarrolla en el seno de la sociedad existente hasta el punto en que estalla en una revolución abierta y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, implanta su dominio.

Todas las sociedades anteriores se han basado, como hemos visto, en la contradicción entre clases opresoras y oprimidas. Pero para poder oprimir a una clase es preciso asegurarle unas condiciones que le permitan, por lo menos, sobrellevar su existencia esclavizada. El siervo llegó a convertirse, en pleno régimen de servidumbre, en miembro de la comuna, igual que el pequeño burgués se elevó a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, se hunde cada vez más por debajo de las condiciones de su propia clase. El obrero se convierte en indigente y la indigencia crece más rápidamente todavía que la población y la riqueza. Viene, pues, a mostrarse claramente que la burguesía ya no es capaz de seguir desempeñando el papel de clase dominante de la sociedad ni de imponer a ésta, como ley reguladora, las condiciones de vida de su clase. No es capaz de dominar porque no es capaz de asegurar a su esclavo la existencia ni siquiera dentro de su esclavitud, porque se ve obligada a dejarle decaer hasta el punto de tener que alimentarlo en lugar de ser alimentada por él.

La sociedad ya no puede vivir bajo su dominio, esto es, su vida ya no resulta compatible con la sociedad.

La condición²⁵ esencial de la existencia y del dominio de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y multiplicación del capital. La condición del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, cuyo agente involuntario e incapaz de oponérsele es la burguesía, sustituye el aislamiento de los obreros resultante de la competencia por su unificación revolucionaria mediante la asociación. El desarrollo de la gran industria socava, pues, bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido. Produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

²⁵ Interpolado en 1848, 1872 y 1883: «más».

II

PROLETARIOS Y COMUNISTAS

¿En qué relación están los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no son un partido especial frente a los demás partidos obreros.

No tienen intereses separados de los intereses de todo el proletariado.

No establecen principios especiales²⁶ según los cuales busquen moldear el movimiento proletario.

Los comunistas se distinguen únicamente de los restantes partidos proletarios porque, por una parte, en las diferentes luchas nacionales de los proletarios destacan y hacen valer los intereses comunes de todo el proletariado, independientes de la nacionalidad; por la otra, por el hecho de que, en las diversas fases de desarrollo que recorre la lucha entre el proletariado y la burguesía, representan siempre el interés del movimiento general.

Por consiguiente, los comunistas son, prácticamente, la parte más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la que siempre impulsa hacia delante; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su visión de las condiciones, de la marcha y de los resultados generales del movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es el mismo que el de todos los demás partidos proletarios: constitución del proletariado como clase, derrocamiento del dominio de la burguesía, conquista del poder político por parte del proletariado.

²⁶ En 1848, 1872 y 1883: «sectarios».

Los postulados teóricos del comunismo no se fundan en modo alguno en ideas, en principios, que hayan sido inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo.

Sólo son expresiones generales de relaciones efectivas de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que transcurre ante nuestros ojos. La abolición de las relaciones de propiedad existentes hasta la fecha no es algo que caracterice peculiarmente al comunismo.

Todas las relaciones de propiedad han estado sometidas a un cambio histórico constante, a una transformación histórica permanente.

La Revolución francesa, por ejemplo, abolió la propiedad feudal a favor de la burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa.

Pero la propiedad privada burguesa moderna es la expresión última y más perfecta de la producción y apropiación de los productos que descansa en las contradicciones de clase, en la explotación de los unos²⁷ por los otros.²⁸

En este sentido los comunistas pueden resumir su teoría en esta expresión única: abolición de la propiedad privada.

Se nos ha reprochado a los comunistas el querer abolir la propiedad personalmente adquirida, fruto del trabajo propio; esa propiedad que constituiría el fundamento de toda libertad, actividad e independencia personales.

¡Propiedad bien adquirida, fruto del trabajo, del esfuerzo personal! ¿Os referís acaso a la propiedad pequeño burguesa, pequeño-campesina, que precedió a la propiedad burguesa? No necesitamos abolirla: el progreso de la industria la ha abolido y está aboliéndola a diario.

¿O habláis acaso de la propiedad privada burguesa moderna?

Pero, ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario crea propiedad para éste? De ninguna manera. Lo que crea es capital, es decir, la propiedad que explota al trabajo asalariado y que no puede multiplicarse sino a condición de producir nuevo trabajo asalariado, para explotarlo a su vez de nuevo. En su forma actual, la propiedad se mueve en la contradicción entre el

²⁷ En 1888: «la mayoría».

²⁸ En 1888: «la minoría».

capital y el trabajo asalariado. Examinemos los dos términos de esta contradicción.

Ser capitalista no significa sólo ocupar una posición meramente personal en la producción, sino también una posición social. El capital es un producto comunitario y sólo puede ser puesto en movimiento por la actividad conjunta de muchos miembros de la sociedad y, en última instancia, sólo por la actividad conjunta de todos los miembros de la sociedad.

El capital no es, pues, una potencia personal; es una potencia social.

Por consiguiente, cuando el capital se transforma en propiedad común, perteneciente a todos los miembros de la sociedad, no se transforma propiedad personal en social. Sólo cambia el carácter social de la propiedad. Pierde su carácter de clase.

Vayamos al trabajo asalariado:

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de los medios de subsistencia indispensables para mantener en vida al obrero como obrero. Por consiguiente, lo que el obrero asalariado se apropia por su actividad sólo basta para la reproducción pura y nuda de su vida. De ninguna manera queremos abolir esta apropiación personal de los productos del trabajo indispensable a la reproducción de la vida humana directa, una apropiación que no deja ningún beneficio neto que pueda dar un poder sobre el trabajo de otro. Sólo queremos suprimir el carácter miserable de esta apropiación, que hace que el obrero no viva sino para acrecentar el capital y tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante exige que viva.

En la sociedad burguesa el trabajo vivo no es más que un medio para multiplicar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado no es más que un medio para ampliar, enriquecer y mejorar el proceso vital de los trabajadores.

En la sociedad burguesa el pasado domina, en consecuencia, sobre el presente; en la comunista, el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa el capital es independiente y personal, mientras que el individuo que trabaja es dependiente e impersonal.

¡Y la burguesía llama abolición de la personalidad y de la libertad a la abolición de semejante estado de cosas! Y con razón. Porque de lo que, en cualquier caso, se trata es de abolir la personalidad, la independencia y la libertad burguesas.

En el marco de las actuales relaciones burguesas de producción se entiende como libertad el libre comercio, la libre compra y venta.

Desaparecido el chalaneo, desaparecerá también la libertad de chalanear. Las declamaciones sobre la libertad de chalaneo, lo mismo que las restantes bravatas liberales de nuestra burguesía,²⁹ sólo tienen sentido, en realidad, aplicadas al chalaneo encadenado, al burgués sojuzgado de la Edad Media, pero no en lo que hace a la abolición comunista del chalaneo, de las relaciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os horrorizáis de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad establecida la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros; existe precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes. Nos reprocháis, pues, que queramos abolir una propiedad que presupone como condición necesaria la falta de propiedad de la inmensa mayoría de la sociedad.

Nos reprocháis, en una palabra, que queramos abolir vuestra propiedad. Eso es, en efecto, lo que queremos.

A partir del momento en que el trabajo no puede ya convertirse en capital, dinero, en renta de la tierra, dicho brevemente, en una potencia social monopolizable, esto es, a partir del momento en que la propiedad personal no puede ya transformarse en burguesa, a partir de ese momento declararéis que la persona ha sido abolida.

Confesáis, pues, que como persona no entendéis a ningún otro que al burgués, al propietario burgués. Y esta persona tiene, en efecto, que ser abolida.

El comunismo no le quita a nadie el poder de apropiarse de productos sociales, sólo quita el poder de sojuzgar trabajo ajeno mediante esta apropiación.

Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una holgazanería general.

De acuerdo con esto, la sociedad burguesa hubiera tenido que sucumbir a la inercia hace ya mucho tiempo; puesto que *los* que en ella trabajan, no adquieren, y *los* que adquieren en ella, no trabajan. Esta objeción se reduce íntegramente a la tautología de que tan pronto como no hay ya trabajo asalariado, no hay ya capital.

²⁹ En 1888: «nuestros burgueses».

Todas las objeciones que se formulan contra el modo comunista de apropiación y producción se han extendido igualmente contra la apropiación y producción de los productos del espíritu. Así como para el burgués el cese de la propiedad de clase es el cese de la producción misma, el cese de la formación de clase es idéntico al cese de la formación en general.

La formación cuya pérdida deplora es, para la enorme mayoría, la educación para convertirse en máquinas.

Pero no discutáis con nosotros midiendo la abolición de la propiedad burguesa con el patrón de vuestras ideas burguesas de libertad, educación, derecho, etc. Vuestras propias ideas son productos de las relaciones burguesas de producción y de propiedad, como vuestro derecho no es otra cosa que la voluntad de vuestra clase elevada a ley, una voluntad cuyo contenido viene dado en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han sucumbido la interesada idea con la que transformáis vuestras relaciones de producción y propiedad, de las relaciones históricas y pasajeras en el curso de la producción que son, en leyes naturales y racionales eternas. Sois incapaces de concebir para la propiedad burguesa lo que sí concebís para la propiedad antigua, lo que sí concebís para la propiedad feudal.

¡Abolición de la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este ignominioso designio de los comunistas.

¿Sobre qué bases se asienta la familia actual, la familia burguesa? Sobre el capital, sobre el lucro privado. Plenamente desarrollada, sólo existe para la burguesía; pero encuentra su complemento en la forzada falta de familia de los proletarios y en la prostitución pública.

Cuando este complemento suyo desaparece, la familia burguesa deja, obviamente, de existir, y uno y otra desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis que queramos abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Decís, empero, que abolimos los vínculos más íntimos al sustituir la educación doméstica por la educación social.

¿Y acaso vuestra educación no está determinada también por la sociedad? ¿No lo está acaso por las relaciones sociales dentro de las que educáis, por la intromisión, unas veces directa, otras indirecta, de la sociedad, mediante la escuela, etc.? Los comunistas

no inventan la intromisión de la sociedad en la educación; transforman, simplemente, su carácter, sustrayendo la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declaraciones retóricas burguesas sobre familia y educación, sobre la entrañable relación entre padres e hijos, resultan tanto más repugnantes cuanto más se desgarran, a efectos de la gran industria, todos los vínculos familiares para los proletarios y los hijos son convertidos en meros artículos de comercio e instrumentos de trabajo.

¡Pero vosotros, los comunistas, queréis introducir la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda la burguesía.

El burgués ve en su mujer un mero instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción han de ser explotados comunitariamente, y, como es natural, no puede menos de imaginarse que el destino de la utilización común ha de afectar también a las mujeres.

No sospecha que se trata precisamente de abolir la situación de las mujeres como meros instrumentos de producción.

Nada resulta más ridículo, por lo demás, que la indignación, propia de la más depurada moral, de nuestros burgueses ante la presunta comunidad oficial de las mujeres de los comunistas. Los comunistas no necesitan introducir la comunidad de las mujeres; ha existido casi siempre.

No satisfechos con que las mujeres e hijos de sus proletarios estén a su disposición, por no hablar ya de la prostitución oficial, nuestros burgueses encuentran un placer especial en seducir mutuamente a sus esposas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. Lo máximo que podría reprocharse a los comunistas es que en lugar de una comunidad hipócritamente velada de las mujeres quisieran implantar otra abierta y oficial. Por lo demás, va de suyo que con la abolición de las actuales relaciones de producción desaparecerá asimismo la comunidad de mujeres de ellas resultante, esto es, la prostitución oficial y la no oficial.

Se ha reprochado asimismo a los comunistas que querrían acabar con la patria, con la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No es posible quitarles lo que no tienen. Puesto que el proletariado aún tiene que conquistar para sí el poder político, aún tiene que elevarse a clase nacional,³⁰ aún

³⁰ En 1888: «a clase dirigente de la nación».

tiene que constituirse como nación, es todavía nacional, aunque en absoluto en el sentido de la burguesía.

Los aislamientos y contradicciones nacionales de los pueblos desaparecen ya cada vez más con la evolución de la burguesía, con la libertad de comercio, con el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las correspondientes condiciones de vida.

El dominio del proletariado los hará desaparecer aún más. Una de las condiciones de su liberación es la acción unificada, cuanto menos de los países civilizados.

En la medida en que es abolida la explotación de un individuo por otro, es abolida la explotación de una nación por otra.

Con la desaparición de la contradicción de las clases en el seno interno de la nación,³¹ desaparece la posición hostil de las naciones entre sí.

Las acusaciones que se formulan contra el comunismo desde puntos de vista religiosos, filosóficos e ideológicos en general no merecen un examen detallado.

¿Se necesita acaso una gran perspicacia para comprender que con las condiciones de vida de los hombres, con sus relaciones sociales, con su existencia social, cambian también sus ideas, puntos de vista y conceptos, en una palabra, su consciencia?

¿Qué otra cosa demuestra la historia de las ideas sino que la producción espiritual se transforma con la material? Las ideas dominantes de una época fueron siempre las ideas de la clase dominante.

Se habla de ideas que revolucionan una sociedad entera; con ello se expresa simplemente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una sociedad nueva, que la disolución de las viejas ideas marcha al mismo paso que la disolución de las antiguas condiciones de vida.

Cuando el mundo antiguo se encontraba en su ocaso, las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando las ideas cristianas sucumbieron en el siglo XVIII a las ideas ilustradas, la clase feudal libraba su lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de religión sólo expresaban el dominio de la libre competencia en el ámbito del saber.³²

³¹ En 1848: «de las naciones».

³² En 1848: «de la consciencia».

«Sin embargo», se dirá, «las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., han ido modificándose, más allá de toda duda, en el curso de la evolución histórica. La religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han conservado en este cambio.

»Hay además verdades eternas, como libertad, justicia, etc., que son comunes a todas las situaciones sociales. El comunismo suprime las verdades eternas, suprime la religión, la moral, en lugar de darles nueva forma; contradice, pues, todas las evoluciones históricas existentes hasta la fecha».

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de toda la sociedad existente hasta la fecha se ha movido dentro de contradicciones de clase, moduladas de modos distintos en las distintas épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma adoptada, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de milagroso que la consciencia social de todos los siglos se mueva, a despecho de toda variedad y diversidad, dentro de ciertas formas comunes, dentro de unas formas de consciencia³³ que no se extinguen por completo más que con la desaparición del antagonismo de clases.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada tiene de extraño que en su curso evolutivo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Pero dejemos las objeciones de la burguesía contra el comunismo.

Vimos ya cómo el primer paso en la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia.

El proletariado utilizará su dominio político para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para incrementar con la mayor rapidez posible la masa de las fuerzas productivas.

En un principio tal cosa sólo podrá ocurrir, naturalmente, mediante intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en

³³ En 1848, 1872 y 1883: omitido «de consciencia».

las relaciones burguesas de producción, en virtud, pues, de medidas que parecen económicamente insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasan a sí mismas y son inevitables como medio para revolucionar todo el modo de producción.

Estas medidas serán diferentes, naturalmente, según los diferentes países.

En los países más avanzados podrían, no obstante, ponerse en marcha, de forma más o menos generalizada, las siguientes:

1. Expropiación de la propiedad de la tierra y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.
2. Fuertes impuestos progresivos.
3. Supresión del derecho de herencia.
4. Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y sediciosos.
5. Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un banco nacional con capital estatal y monopolio exclusivo.
6. Centralización del³⁴ transporte en manos del Estado.
7. Multiplicación de las fábricas nacionales, de los instrumentos de producción, roturación de los terrenos incultos y mejora de los campos de acuerdo con un plan general.
8. Trabajo obligatorio igual para todos, organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.
9. Unificación de la explotación agraria e industrial; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la diferencia³⁵ entre la ciudad y el campo.
10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Abolición del trabajo fabril de los niños en su forma actual. Unificación de la educación con la producción material, etc.³⁶

Una vez desaparecidas en el curso de la evolución las diferencias de clases y concentrada toda la producción en las manos de los individuos asociados, el poder público pierde el carácter político. El poder político en sentido estricto es el poder organizado de una

³⁴ Interpolado en 1848: «todos».

³⁵ En 1848: «oposición».

³⁶ En 1848, 1872 y 1883: «etc., etc.».

clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se unifica necesariamente en clase, se convierte en clase dominante en virtud de una revolución y suprime, como clase dominante, por la fuerza las viejas relaciones de producción, entonces suprime, con estas relaciones de producción, las condiciones de existencia de la contradicción de clases, las clases en general y con ello su propio dominio como clase.

El lugar de la vieja sociedad burguesa con sus clases y contradicciones de clases pasa a ser ocupado por una asociación en la que el libre desarrollo de cada cual es la condición para el libre desarrollo de todos.

III

LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

I. EL SOCIALISMO REACCIONARIO

a) El socialismo feudal

Por su posición histórica la aristocracia francesa e inglesa estaba llamada a escribir panfletos contra la moderna sociedad burguesa. En la Revolución francesa de 1830, en el movimiento reformista inglés, había sucumbido una vez más al odiado advenedizo. Ya no cabía siquiera hablar de una lucha política seria. Sólo le quedaba la lucha literaria. Pero también en el terreno literario resultaban ya inservibles los recursos retóricos de la época de la Restauración.³⁷ Para despertar simpatías la aristocracia estaba obligada a aparentar que no tenía en cuenta sus propios intereses, que formulaba su acta de acusación contra la burguesía en interés exclusivamente de la clase obrera explotada. Vino así a darse el gusto de entonar canciones difamatorias contra su nuevo amo y de susurrarle al oído profecías más o menos agoreras.

De este modo surgió el socialismo feudal, en parte jeremiada y en parte libelo, en parte eco del pasado y en parte amenaza del futuro; capaz en ocasiones de acertar a la burguesía en pleno corazón con juicio amargo e ingeniosamente destructivo y produciendo siempre un efecto cómico por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia.

A guisa de bandera blandían en su mano el zurrón del mendigo para congregar al pueblo tras sí. Pero cada vez que éste los

³⁷ No se alude aquí a la época de la Restauración inglesa, comprendida entre 1660 y 1689, sino a la de la Restauración francesa de 1814-1830. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

seguía, divisaba en sus cuartos traseros los viejos blasones feudales y se dispersaba entre risas estentóreas y poco respetuosas.

Una parte de los legitimistas franceses³⁸ y la Joven Inglaterra³⁹ fueron los mejores organizadores de esta representación teatral.

Cuando los feudales demuestran que su forma de explotación era de naturaleza totalmente distinta a la explotación burguesa, olvidan simplemente que explotaban en condiciones y circunstancias totalmente diferentes y hoy por completo superadas. Cuando demuestran que bajo su dominio no existió el proletariado moderno, olvidan simplemente que la burguesía moderna fue, precisamente, un retoño necesario de su orden social.

Por lo demás, ocultan tan escasamente el carácter reaccionario de su crítica, que su acusación central a la burguesía es precisamente la de que bajo su régimen se desarrolla una clase que hará volar por los aires todo el viejo orden social.

En la práctica política participan, consecuentemente, en todas las medidas represivas que se toman contra la clase obrera, y en la vida cotidiana se las arreglan, a pesar de toda su retórica ampulosa, para recoger las doradas manzanas⁴⁰ y trocar fidelidad, amor, honor por el comercio en lanas ovinas, remolacha y aguardiente.⁴¹

³⁸ El 2 de agosto de 1830 Carlos X, heredero legítimo de Luis XVI y último soberano de la Restauración posnapoleónica en esa línea de la Casa de Borbón, se vio obligado a abdicar. La Cámara de los Diputados optó por ofrecer el trono de Francia a Luis Felipe de Orléans, el «rey burgués», monarca constitucional cuyo padre había abrazado explícitamente la causa de la Revolución francesa, lo que a ojos de un grupo de partidarios de la monarquía tradicional de derecho divino le privaba de toda legitimidad. Estos monárquicos «legitimistas» defendieron, y siguieron defendiendo a lo largo del xix, en consecuencia, el derecho al trono del pretendiente mejor situado en la línea de sucesión directa de Luis xvi, definido como «legítimo». Luis Felipe de Orléans, miembro de una rama lateral de los Borbones, fue derrocado, por otra parte, en 1848. Los legitimistas franceses, representantes de la gran propiedad hereditaria de la tierra y de sus intereses, adoptaron a menudo una combativa retórica populista.

³⁹ Grupo de políticos y literatos ingleses pertenecientes al partido *tory*. Este grupo (*Young England*) se formó a comienzos de la cuarta década del siglo xix. Sus miembros, portavoces del descontento de la vieja aristocracia ante la creciente hegemonía económica y política de la burguesía industrial y financiera, intentaron conseguir influencia en medios obreros para reforzar su política antiburguesa.

⁴⁰ Interpolado en 1888: «caídas del árbol de la industria».

⁴¹ Se trata de una observación válida principalmente para Alemania, donde la nobleza rural y los *junkers* encargan a sus administradores la explotación, por cuenta propia, de buena parte de sus dominios, siendo además grandes productores de azúcar de remolacha y aguardiente de patatas. Los aristócratas ingleses más

Al igual que el clérigo iba del brazo de los feudales, el socialismo clerical va del brazo del socialismo feudal.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un tinte socialista. ¿Acaso no libró también el cristianismo sus batallas contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el Estado? ¿No predicó acaso, en su lugar, la caridad y la mendicidad, el celibato y la mortificación de la carne, la vida monástica y la iglesia? El socialismo cristiano⁴² no es sino el agua bendita con la que el clérigo consagra la irritación del aristócrata.

b) El socialismo pequeño burgués

La aristocracia feudal no es la única clase que ha sido derrocada por la burguesía y cuyas condiciones de vida se deterioraron y perecieron en la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y el estamento del pequeño campesinado fueron los precursores de la burguesía moderna. En los países de industria y comercio menos desarrollados, esta clase continúa vegetando junto a la burguesía ascendente.

En los países en los que se ha desarrollado la civilización moderna se ha formado una nueva pequeña burguesía que oscila entre el proletariado y la burguesía y que, como parte complementaria de la sociedad burguesa, sigue renovándose constantemente, una clase cuyos individuos se ven de continuo precipitados por la competencia a las filas del proletariado, teniendo incluso que enfrentarse a su próxima desaparición general en cuanto fracción independiente de la sociedad moderna, con su consiguiente sustitución en el comercio, en la manufactura y en la agricultura por capataces y dependientes.

En países como Francia, en los que la clase campesina constituye mucho más de la mitad de la población, era de todo punto natural que los escritores que optaron por defender al proletariado contra la burguesía recurrieran en su crítica del régimen burgués al patrón de medida pequeño burgués y pequeño-campesino, tomando posición por los obreros desde el punto de vista de la

ricos no han caído aún tan bajo; pero saben también cómo puede compensarse el descenso de la renta mediante la cesión de su nombre a fundadores más o menos dudosos de sociedades anónimas. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

⁴² En 1848: «sacro».

pequeña burguesía. Así se formó el socialismo pequeño burgués. Sismondi⁴³ es el más alto exponente de esta literatura, no sólo en lo que afecta a Francia, sino también a Inglaterra.

Este socialismo analizó con suma lucidez las contradicciones inherentes a las modernas relaciones de producción. Denunció y puso al descubierto las hipócritas apologías de los economistas. Demostró de una manera irrefutable los efectos destructores de la maquinaria y de la división del trabajo, la concentración de los capitales y de la propiedad territorial, la superproducción, las crisis, la necesaria ruina de los pequeños burgueses y de los campesinos, la miseria del proletariado, la anarquía en la producción, las desigualdades escandalosas en la distribución de las riquezas, la guerra de exterminio industrial de las naciones entre sí, la disolución de las antiguas costumbres, de las antiguas relaciones familiares, de las antiguas nacionalidades.

En lo que hace a su contenido positivo este socialismo se propone, sin embargo, bien restaurar los viejos medios de producción y de tráfico y, con ellos, las viejas relaciones de producción y la vieja sociedad, bien encerrar por la fuerza los medios modernos de producción y de tráfico en el marco de las viejas relaciones de producción, que fueron y tuvieron que ser hechas saltar por aquéllos. En ambos casos es reaccionario y utópico a un tiempo.

Sistema gremial en la manufactura y economía patriarcal en el campo, ésa es su última palabra.

En su evolución ulterior esta tendencia se ha extraviado en un cobarde gimoteo.⁴⁴

⁴³ Jean-Charles-Léonard Simonde de Sismondi (1773-1842), historiador y economista, nació en Ginebra. En 1800 publicó su *Tableau de l'agriculture toscane* a su regreso de Inglaterra, país en el que su familia buscó refugio a raíz de los acontecimientos desencadenados en buena parte de la Europa continental por la Revolución francesa. En 1803 publicó *De la richesse commerciale*, obra que le valió la oferta, que no se decidió a aceptar, de la cátedra de economía política de la Universidad de Vilna. Acompañó a Madame de Staël en su viaje a Italia, junto a August Wilhelm von Schlegel y otras celebridades de la época. Durante los Cien Días llegó a entrevistarse con Napoleón, cuyo programa constitucional siempre defendió. Autor de varios estudios históricos de relieve, su obra más importante, *Nouveaux principes d'économie politique*, vio la luz en 1819. En ella llevó a cabo una crítica del librecambismo a ultranza preconizado por Say, Ricardo o Malthus, llamada a ejercer gran influencia en círculos diversos, algunos de ellos de filiación socialista.

⁴⁴ En 1888 esta oración estaba formulada del siguiente modo: «Por último, cuando los obstinados hechos históricos hubieron disipado todo espejis-

c) El socialismo alemán o «verdadero»

La literatura socialista y comunista de Francia, que surgió bajo la presión de una burguesía dominante y que es la expresión literaria de la lucha contra esta burguesía, fue introducida en Alemania en una época en la que la burguesía estaba precisamente dando los primeros pasos en su lucha contra el absolutismo feudal.

Filósofos, semifilósofos e intelectuales alemanes se apoderaron con avidez de esta literatura, olvidando, sin embargo, que las condiciones francesas de vida no habían entrado en Alemania a la vez que aquellos escritos. Confrontada a las condiciones alemanas, la literatura francesa perdió todo significado práctico inmediato, adoptando un aspecto puramente literario. Tuvo que aparecer como una especulación ociosa⁴⁵ acerca de la realización del ser humano. Para los filósofos alemanes del siglo XVIII sólo tenían, pues, el sentido de ser exigencias de la «razón práctica» en general, y, a sus ojos, las manifestaciones de la voluntad de la burguesía revolucionaria francesa significaban las leyes de la voluntad pura, de la voluntad tal como ésta debe ser, de la voluntad verdaderamente humana.

El trabajo exclusivo de los literatos alemanes consistió en poner en concordancia las nuevas ideas francesas con su vieja consciencia filosófica o, más bien, en apropiarse de las ideas francesas desde su punto de vista filosófico.

Esta apropiación tuvo lugar del mismo modo en que tiene, por lo general, lugar la apropiación de una lengua extranjera, mediante la traducción.

Es sabido que sobre los manuscritos en los que estaban registradas las obras clásicas de la antigua época pagana los monjes escribían, superponiéndolas, absurdas historias católicas de santos. Los literatos alemanes procedieron a la inversa con la literatura francesa profana. Escribían sus sinsentidos filosóficos tras del original francés. Tras de la crítica francesa de las relaciones dinarias, por ejemplo, escribían «enajenación de la esencia humana», tras de la crítica francesa del estado burgués escribían «superación del dominio de lo general abstracto», etc.

mo de autoengaño, esta forma de socialismo degeneró en un lamentable gí-moteo».

⁴⁵ Interpolado en 1848: «acerca de la sociedad real».

Bautizaron la interpolación de estos giros filosóficos en los desarrollos franceses como «filosofía de la acción», «socialismo verdadero», «ciencia alemana del socialismo», «fundamentación filosófica del socialismo», etcétera.

La literatura comunista-socialista francesa vino a ser así formalmente castrada. Y como en manos de los alemanes dejó de expresar la lucha de una clase contra la otra, el alemán se convenció de haber superado la «unilateralidad francesa», de haber abogado por la necesidad de la verdad en lugar de haberlo hecho por necesidades reales, por los intereses de la esencia humana en lugar de por los del proletariado, por los de ese ser humano que no pertenece a clase alguna, que no pertenece en absoluto a la realidad, sino al cielo neblinoso de la fantasía filosófica.

Este socialismo alemán, que se tomaba con tanta seriedad y de modo tan solemne sus torpes ejercicios escolares y que tan garrulamente los vociferaba a los cuatro vientos, fue perdiendo, con todo, a ritmo cada vez más acelerado su pedante inocencia.

La lucha de la burguesía alemana y, especialmente, de la prusiana, contra los feudales y la monarquía absoluta, en una palabra, el movimiento liberal, cobró una seriedad cada vez mayor.

Se le brindó así al socialismo «verdadero» la tan deseada oportunidad de oponer las reivindicaciones socialistas al movimiento político, de lanzar los usuales anatemas contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la competencia burguesa, la libertad burguesa de prensa, el derecho burgués, la libertad y la igualdad burguesas, y de predicar a la masa del pueblo cómo con este movimiento burgués nada tenían que ganar y sí, antes bien, *todo* que perder. El socialismo alemán olvidó oportunamente que la crítica francesa, de la que no era sino un eco trivial, suponía la moderna sociedad burguesa con las correspondientes condiciones materiales de vida y la correspondiente constitución política, presupuestos todos ellos por cuya consecución aún había que luchar en Alemania.

Cumplió así para los gobiernos absolutos alemanes y su séquito de clérigos, maestros de escuela, hidalgos de terrón y burócratas el bienvenido papel de espantapájaros contra la amenaza de la burguesía ascendente.

Constituyó el edulcorado complemento de los amargos latigazos y disparos con los que esos mismos gobiernos procedieron a sofocar las revueltas obreras alemanas.

Y así, si el socialismo «verdadero» fue un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, también representó directamente un interés reaccionario, el interés de la pequeña burguesía alemana.⁴⁶ La pequeña burguesía, proveniente del siglo xvi y que desde esa fecha había reaparecido una y otra vez en diversas formas, constituye en Alemania el verdadero fundamento social del estado de cosas imperante. Su conservación es la conservación del estado de cosas alemán imperante. Del dominio industrial y político de la burguesía teme su ruina segura, a consecuencia, por una parte, de la concentración del capital y, por otra, de la irrupción de un proletariado revolucionario. Dio en pensar que el socialismo «verdadero» mataba, en su favor, dos pájaros de un tiro. Y este socialismo se propagó como una epidemia.

Este ropaje, tejido con telarañas especulativas, bordado de flores retóricas de aire altamente espiritual, empapado de un cálido rocío sentimental, este ropaje ampuloso, con el que los socialistas alemanes recubrían su par de descarnadas «verdades eternas», no hizo más que aumentar la venta de su mercancía entre este público.

Por su parte, el socialismo alemán reconoció con fuerza creciente su vocación de ser el representante pomposo de esta pequeña burguesía.

Proclamó la nación alemana como la nación normal y el pequeño burgués alemán⁴⁷ como el hombre normal. Confirió a todas las infamias de éste un sentido oculto, superior, socialista, en orden al que pasaban a significar su contrario. Manifestándose directamente contra la orientación «brutalmente destructiva» del comunismo y proclamando su superioridad imparcial por encima de todas las luchas de clases, llevó las cosas hasta sus últimas consecuencias. Con muy pocas excepciones, todo cuanto circula en Alemania como escritos presuntamente socialistas y comunistas pertenece al ámbito de esta literatura turbia y enervante.⁴⁸

⁴⁶ En 1888: «los filisteos alemanes».

⁴⁷ En 1888: «a los pequeños filisteos alemanes».

⁴⁸ La tormenta revolucionaria de 1848 ha barrido con esta mezquina orientación, quitando a sus defensores y representantes las ganas de seguir actuando en el socialismo. Figura principal y tipo clásico de esta orientación es el señor Karl Grün. (*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*)

2. EL SOCIALISMO CONSERVADOR O BURGUÉS

Una parte de la burguesía desea remediar los males sociales para asegurar la subsistencia de la sociedad burguesa.

Forman en sus filas: economistas, filántropos, humanitarios, mejoradores de la situación de las clases trabajadoras, organizadores de la beneficencia, protectores de los animales, fundadores de sociedades que predicán la templanza, la más variopinta clase de reformistas de poca monta. Este socialismo burgués ha sido, por lo demás, reelaborado también en sistemas completos.

Citaremos como ejemplo la obra de Proudhon⁴⁹ *Philosophie de la misère*.

Los burgueses socialistas están a favor de las condiciones de vida de la sociedad moderna, pero sin las luchas y peligros que surgen necesariamente de ellas. Quieren la sociedad existente, pero eliminando de la misma los elementos que la revolucionan y disuelven. Quieren la burguesía sin el proletariado. Como es natural, la burguesía se representa el mundo en el que domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués convierte esta consoladora representación en un sistema a medias o global. Cuando exhorta al proletariado a realizar sus sistemas y⁵⁰ entrar en la nueva Jerusalén, lo que en el fondo reclama no es sino que se detenga en la sociedad actual, pero desprendiéndose de sus imágenes hostiles de la misma.

Una segunda forma, menos sistemática, aunque⁵¹ más práctica de este socialismo, intentó disuadir a la clase obrera de cualquier movimiento revolucionario, haciéndole ver que no tal o cual transformación política, sino sólo una transformación de las relaciones materiales de vida, de las relaciones económicas, podría serle de

⁴⁹ Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), socialista-anarquista francés, nació en la ciudad de Besançon, en el seno de una familia de artesanos, pequeños propietarios y comerciantes. Intervino en la revolución de 1848, fue diputado, y en marzo de 1849 fue condenado a tres años de prisión por injurias al Jefe del Estado. Desde posiciones anarquistas Proudhon atacó en numerosas publicaciones e intervenciones públicas, en las que hizo gala de una formidable oratoria, toda clase de gobierno y aun la existencia misma del Estado, manifestándose asimismo a favor del federalismo y, con notable capacidad premonitoria, de los sindicatos. Marx polemizó vehementemente con las tesis expuestas por Proudhon en su *Philosophie de la misère*. Proudhon escogió como lema suyo *Destruam et aedificabo*. La destrucción es el anarquismo y la reconstrucción, el mutualismo y el federalismo.

⁵⁰ En 1848: «para».

⁵¹ En 1848, 1872 y 1883: «y».

utilidad. Sólo que como transformaciones de las condiciones materiales de vida este socialismo no entiende en absoluto la abolición de las relaciones burguesas de producción, únicamente posible por vía revolucionaria, sino mejoras administrativas introducidas en el terreno de estas relaciones de producción, mejoras que en nada modifican, por tanto, la relación entre capital y trabajo asalariado, sino que, en el mejor de los casos, disminuyen a la burguesía los costes de su dominio y simplifican su administración estatal.

El socialismo burgués sólo alcanza su expresión idónea cuando se convierte en mera figura retórica.

¡Libre comercio! En interés de la clase obrera; ¡protección arancelaria! En interés de la clase obrera. ¡Prisiones celulares! En interés de la clase obrera: he ahí la última palabra del socialismo burgués, la única dicha verdaderamente en serio.

El socialismo de la burguesía consiste, pues, precisamente en afirmar que los burgueses son burgueses —en interés de la clase obrera.

3. EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO UTÓPICO-CRÍTICOS

No nos ocupamos aquí de la literatura que en todas las grandes revoluciones modernas expresó las exigencias del proletariado. (Escritos de Babeuf,⁵² etc.)

Los primeros intentos del proletariado por imponer de modo directo, en una época de efervescencia general, en el período del derrocamiento de la sociedad feudal, su propio interés de clase, fracasaron necesariamente a consecuencia tanto de la condición escasamente desarrollada del proletariado mismo como de la ausencia de las condiciones materiales de su liberación, que son sólo, hablan-

⁵² François-Noel Babeuf (1760-1797), revolucionario y comunista francés, nació en la Picardía. Adoptó el nombre de Graco, en memoria de los famosos hermanos romanos. Desarrolló una incesante actividad de agitación política, llegando a dirigir el *Journal de la liberté de la presse*. Avanzando, en nombre de los intereses del proletariado, sobre la teoría jacobina de Robespierre, Babeuf, en colaboración con Buonarroti y otros compañeros, trazó las líneas maestras de una «conspiración de los iguales» llamada a instaurar un sistema «justo», comunista, desde una concepción explícitamente no utópica del mismo. El gobierno logró desarticular el plan insurreccional —precedente, según algunos historiadores, de la teoría leninista de la revolución dirigida por una elite revolucionaria—, y una treintena de «iguales», entre ellos Graco Babeuf, fueron condenados a la pena capital. Louis Blanc y August Blanqui fueron discípulos suyos.

do con precisión, producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompañó esos primeros movimientos del proletariado es, desde el punto de vista de su contenido, necesariamente reaccionaria. Predica un ascetismo general y un tosco igualitarismo.

Los sistemas socialistas y comunistas propiamente dichos, los sistemas de Saint-Simon,⁵³ Fourier,⁵⁴ Owen,⁵⁵ etc., sólo surgen du-

⁵³ Claude-Henri de Rouvroy, conde de Saint-Simon (1760-1825), aristócrata francés de supuesta estirpe carolingia, veterano de la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos de América, activista político y autor de una extensa obra que vino a convertirse pronto en un objeto de culto para sus seguidores, es uno de los máximos responsables de la difusión de ideas proto-socialistas en la Europa de su tiempo. Convencido de que la sociedad entera reposa sobre la industria y ésta es la única fuente decisiva de riqueza, Saint-Simon se convirtió en el apóstol de la «clase industrial», el sector laborioso y creador de la sociedad, llamado a ocupar el primer rango en un orden reconstruido en clave social igualitaria y de economía planificada. Saint-Simon fue el maestro principal de Auguste Comte, lo que, unido al hecho de haber propuesto, en 1813, la creación de una ciencia positiva de la moral y la política, así como de la humanidad en general, le convierte en uno de los «padres fundadores» de la sociología científica. De todos modos, su escuela se convirtió en una verdadera «iglesia», nucleada en torno a su última obra, *Le nouveau christianisme* (1825), que es un alegato a favor de la conveniencia moral de dedicar todas las energías sociales a «la clase más numerosa y más pobre». Tras la disgregación de la Iglesia Saint-Simoniana, de inequívoco significado socialista, algunos de sus discípulos optaron por convertirse en emprendedores y finalmente prósperos hombres de negocios, en «capitanes» de la industria.

⁵⁴ François-Marie-Charles Fourier (1772-1837), nacido en Besançon, ha pasado a la historia como un «socialista utópico» de honda y duradera influencia. Al igual que Adam Smith, Fourier tomó pronto nota de los aspectos inhumanos del nuevo trabajo industrial, pero, a diferencia de él, no dio en considerarlos como inevitables, sino como superables mediante una mejor organización del lugar de trabajo y del trabajo mismo. Imaginó así unas unidades de trabajo o «falanges» llamadas a desarrollar su labor en emplazamientos especiales de producción a los que bautizó con el nombre de «falanstérios». Como Rousseau, Fourier hizo suya la creencia en la bondad natural del hombre y en el poder corruptor de la sociedad moderna, pero, a diferencia de él, no propuso como remedio de los males de la época el retorno al estado de naturaleza, sino la aceptación de los avances técnicos del industrialismo, adecuadamente reorganizados en cuanto a su marco social de desarrollo. De la reorganización social que propuso destaca la idea de la posibilidad efectiva para él —de la armonía, de la eliminación de la feroz competencia industrial, que crea obreros esclavos del capitalismo. Fourier propugnó el garantismo —o sistema de servicios públicos llamados a acoger al obrero en caso de necesidad—, el derecho al trabajo y el cooperativismo. En México y Estados Unidos llegaron a fundarse falanstérios fourerianos en número apreciable, y su obra *Le nouveau monde industriel et societarie*, de 1829, fue muy leída.

⁵⁵ Robert Owen (1771-1858), nació en Newton, Montgomeryshire, Gales. Hijo de un herrero y autodidacta, llegó muy pronto a contraamaestre de una

rante el primer período, escasamente desarrollado, de la lucha entre el proletariado y la burguesía, a cuya descripción procedimos arriba. (Véase «Burgueses y proletarios».)

Los inventores de esos sistemas perciben, ciertamente, el antagonismo de las clases, así como la efectividad de los elementos disolventes en la propia sociedad dominante. Pero no vislumbran, en lo que hace al proletariado, iniciativa histórica propia alguna, no divisan movimiento político alguno específico del mismo.

Como la evolución del antagonismo entre las clases va de consuno con la evolución de la industria, tampoco encuentran las condiciones materiales para la liberación del proletariado y buscan una ciencia social, buscan leyes sociales para crear estas condiciones.

El lugar de la actividad social ha de ser ocupado por su actividad inventiva personal; el lugar de las condiciones históricas de la liberación, por condiciones fantásticas; el lugar de una organización progresiva, paso a paso, del proletariado como clase, por una organización de la sociedad diseñada por ellos mismos. La historia universal futura pasa así a disolverse para ellos en la propaganda y en la realización práctica de sus planes sociales.

Son conscientes, desde luego, de defender en sus planes fundamentalmente los intereses de la clase obrera en tanto en cuanto

fábrica de hilados de Manchester. Su habilidad le convirtió en copropietario de la misma. En 1800 adquirió en New Lanark, Escocia, unas hilanderías de algodón que hizo famosas. Su empresa se convirtió en un modelo de eficiencia y productividad, en el marco de un espacio urbano rehumanizado por Owen, que construyó viviendas higiénicas para los obreros, instaló guarderías y escuelas para sus hijos y en los períodos de crisis siguió pagando los sueldos íntegros. Este empeño, excepcional en su época, suscitó gran admiración en gentes tan dispares como Bentham, que le ayudó económicamente, o el zar Nicolás de Rusia. En esta etapa de su vida Owen propugnó, en obras como *A New View of Society* (1813), en un marco general reformista, la transformación del carácter humano a través de una reorganización de su medio ambiente, así como la extensión y profundización de la educación, el cooperativismo y el pleno empleo. Con el tiempo Owen radicalizó sus posiciones, acentuando su crítica del individualismo de los economistas liberales y subrayando las consecuencias negativas de la libre competencia. Para predicar con el ejemplo se trasladó al estado norteamericano de Indiana, donde fundó una colonia, Nueva Armonía, que fracasó. A su regreso a Inglaterra Owen se puso al frente del movimiento obrero sindicalista y cooperativista, llegando a presidir en 1833 la *Grand Consolidated Trades Union* que él mismo había formado, germen de las *Trade Union* británicas. Sus ideas cooperativistas tuvieron gran influencia en su tiempo, aunque fueron relegadas en ocasiones a un segundo plano por el cartismo, y sus esfuerzos organizativos de la clase obrera están en la raíz del sindicalismo socialista británico.

ésta es la que más padece. El proletariado sólo existe para ellos desde este punto de vista de su condición de la clase que ha de cargar con un mayor sufrimiento.

La forma escasamente desarrollada de la lucha de clases, así como su propia posición en la vida les llevan a creer que están muy por encima de ese antagonismo de las clases. Quieren mejorar las condiciones de vida de todos los miembros de la sociedad, también de los que están en mejor posición. En consecuencia, apelan constantemente a la sociedad entera sin distinciones y, preferentemente, incluso a la clase dominante. Con comprender tan sólo su sistema se reconocería ya el mejor proyecto posible de la mejor sociedad posible.

Rechazan por ello toda acción política, en especial toda posible acción revolucionaria; pretenden alcanzar su objetivo por vía pacífica e intentan con la ayuda de pequeños experimentos, naturalmente fallidos, abrir camino al nuevo evangelio social por medio del ejemplo.

La⁵⁶ descripción fantástica de la sociedad futura⁵⁷ surge en una época en la que el proletariado aún está a un nivel mínimo de desarrollo, es decir, en que él mismo concibe aún de manera fantástica su propia posición, sus primeros impulsos, llenos de presentimientos, hacia una transformación general de la sociedad.

Pero los escritos socialistas y comunistas constan asimismo de elementos críticos. Convierten los fundamentos todos de la sociedad existente en blanco de su crítica. Y precisamente por eso han procurado un material sumamente valioso para la ilustración de los obreros. Sus principios positivos sobre la sociedad futura, como, por ejemplo, abolición del antagonismo entre⁵⁸ ciudad y campo, de la familia, de la ganancia privada, del trabajo asalariado, la proclamación de la armonía social, la transformación del Estado en una mera administración de la producción, todos estos principios suyos expresan simplemente la desaparición del antagonismo de clases, que apenas si está comenzando ahora, en realidad, a desarrollarse, y al que sólo conocen en su primera e informe indefinición. De ahí que tales principios sólo tengan un sentido puramente utópico.

⁵⁶ En 1848: «Esta».

⁵⁷ En 1848: «corresponde a».

⁵⁸ En 1848: «de».

La importancia del socialismo y del comunismo utópico-críticos es inversamente proporcional a su desarrollo histórico. En la misma medida en que la lucha de clases se desarrolla y toma cuerpo, esta fantástica elevación por encima de la misma, este modo fantástico de combatirla, pierde todo valor práctico, toda justificación teórica. Por ello, aunque los autores de estos sistemas fueron revolucionarios en muchos aspectos, sus discípulos forman sectas cada vez más reaccionarias. Se aferran a los antiguos puntos de vista de sus maestros frente a la prosecución del desarrollo histórico del proletariado. Dirigen, en consecuencia, sus esfuerzos a intentar mitigar de nuevo la lucha de clases y a mediar entre los antagonismos. Siguen soñando todavía con la realización experimental de sus utopías sociales, con la fundación de falansterios aislados, con el establecimiento de colonias interiores, con la instauración de una pequeña Icaria⁵⁹ —edición en dozavo de la nueva Jerusalén—, y para la construcción de todos estos castillos en el aire se ven obligados a apelar a la filantropía de los corazones y de los bolsillos burgueses. Poco a poco van cayendo dentro de la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores arriba descritos, y sólo se diferencian ya de ellos por una pedantería más sistemática, por su fanática fe supersticiosa en los efectos milagrosos de su ciencia social.

Por ello se enfrentan encarnizadamente a todo movimiento político de los obreros, que sólo podría surgir de una ciega falta de fe en el nuevo evangelio.

En Inglaterra, los owenistas reaccionan contra los cartistas; en Francia, los fourieristas lo hacen contra los reformistas.⁶⁰

⁵⁹ Falansterios era el término con que se designaban las colonias socialistas proyectadas e ideadas por Charles Fourier; Icaria denominó Cabet a su utopía, y más tarde a su colonia comunista de América. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

Owen denomina *home colonies* (colonias interiores) a sus sociedades comunistas modélicas. Falansterios era el nombre de los palacios sociales planeados por Fourier. Icaria se llamaba el país utópico-fantástico cuyas instituciones comunistas diseñó Cabet. (*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*)

⁶⁰ Seguidores del diario parisino *La Reforme*, que se pronunciaban a favor de la República y de la puesta en marcha de reformas políticas de carácter democrático y, asimismo, de reformas sociales.

IV

POSICIÓN DE LOS COMUNISTAS FRENTE A LOS DIVERSOS PARTIDOS OPOSITORES

De acuerdo con el apartado II, la relación entre los comunistas y los partidos obreros ya constituidos, vale decir, su relación con los cartistas en Inglaterra y los reformistas agrarios en Norteamérica, se entiende por sí sola.

Luchan por alcanzar los fines e intereses presentes inmediatos de la clase obrera, pero en el movimiento actual representan asimismo el futuro del movimiento. En Francia, los comunistas se unen al Partido Socialista Democrático⁶¹ contra la burguesía conservadora y radical, sin renunciar por ello al derecho de mantener una actitud crítica frente a la fraseología y a las ilusiones provenientes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin desconocer que este partido consta de elementos contradictorios, en parte de socialistas democráticos en el sentido francés, en parte de burgueses radicales.

Entre los polacos los comunistas prestan su apoyo al partido que hace de una revolución agraria condición de la liberación nacional, el mismo partido que alentó la insurrección de Cracovia de 1846.⁶²

⁶¹ Se trata del partido que en ese momento estaba representado por Ledru-Rollin en el Parlamento, por Louis Blanc en la literatura y por *La Reforme* en la prensa cotidiana. Para estos promotores suyos, el nombre de «socialdemocracia» significaba una sección del Partido Democrático o Republicano con un matiz más o menos socializante. (*Nota de Engels a la edición inglesa de 1888.*)

El partido por entonces denominado Socialista Democrático en Francia era el que estaba políticamente representado por Ledru-Rollin y literariamente por Louis Blanc; era, en consecuencia, radicalmente diferente de la actual social-democracia alemana. (*Nota de Engels a la edición alemana de 1890.*)

⁶² Un grupo de demócratas revolucionarios polacos organizó en Polonia, en febrero de 1846, un levantamiento por la independencia del país. La traición de algunos elementos de la pequeña nobleza y la detención de los líderes del movi-

En Alemania el Partido Comunista lucha junto con la burguesía, en tanto ésta adopta una actitud revolucionaria, contra la monarquía absoluta, la propiedad feudal de la tierra y la pequeña burguesía.

Pero no deja un solo momento de luchar por conseguir que los obreros tengan una consciencia lo más clara posible de la contraposición hostil entre⁶³ burguesía y proletariado, para que los obreros alemanes puedan volver de inmediato, como otras tantas armas, contra la burguesía las condiciones sociales que la burguesía debe introducir con su dominación, para que tras la caída de las clases reaccionarias en Alemania comience inmediatamente la lucha contra la propia burguesía.

Los comunistas concentran primordialmente su atención en Alemania, dado que este país está en vísperas de una revolución burguesa y porque en la medida en que Alemania lleva a cabo esta revolución en las condiciones más avanzadas de la civilización europea en general y con un proletariado mucho más desarrollado que Inglaterra en el siglo xvii y Francia en el siglo xviii, la revolución burguesa alemana sólo puede ser el preludio inmediato de una revolución proletaria.

En una palabra, los comunistas apoyan por doquier todo movimiento revolucionario contra el estado social y político de cosas existente.

En todos estos movimientos ponen en primer término el problema de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos desarrollada que pueda haber adoptado, como problema fundamental del movimiento.

Los comunistas trabajan, por último, en todas partes a favor de la vinculación y del entendimiento de los partidos democráticos de todos los países.

miento por la policía prusiana impidió el levantamiento general, aunque tuvieron lugar disturbios aislados de cierta importancia. En la ciudad libre de Cracovia, sometida desde 1815 al control conjunto de Austria, Rusia y Prusia, el alzamiento consiguió, no obstante, triunfar el 22 de febrero, con la consiguiente formación de un gobierno nacional cuya primera medida fue la difusión de una proclama antifeudal. En Galicia se sublevaron paralelamente grupos de campesinos ucranianos. Tras una serie de enfrentamientos entre las tropas de la pequeña nobleza adherida al levantamiento y los campesinos, fomentados en ocasiones por las autoridades austriacas, la sublevación de Cracovia fue sofocada, al igual que la revuelta campesina en Galicia. En noviembre de 1846 Austria, Prusia y Rusia firmaron un tratado por el que Austria procedió a anexionarse Cracovia.

⁶³ En 1848: «de».

Los comunistas consideran indigno ocultar sus puntos de vista e intenciones. Declaran abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados mediante la subversión violenta de todo orden social preexistente. Las clases dominantes pueden temblar ante una revolución comunista. Los proletarios no tienen otra cosa que perder en ella que sus cadenas. Tienen un mundo que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos!